

A Ricardo Olmos, maestro de viajes

Trinidad TORTOSA

Instituto de Arqueología de Mérida, CSIC - GOBEX

Forse ho sbagliato a raccontarti questa storia, ragazzo, sei ancora troppo giovane per sapere che cosa cantavano le Sirene; e poi sarebbe meglio che non lo sapesse nessuno, giovani o vecchi non fa differenza, sapere che cosa cantavano le Sirene è un po' come averle ascoltate, non credi?, è pericoloso, se gli dèi hanno creato l'oblio, oltre alla memoria, ci sarà pure un motivo."

M. BETTINI, L. SPINA 2007, 22¹.

Este título me resulta evocador y refleja, quizás, una de las principales labores de Ricardo a lo largo de su larga trayectoria profesional. Entiendo aquí el viaje no como experiencia física –a la que también puede ir asociada en algunas ocasiones– sino que atiendo al viaje como conocimiento; el peregrinar que cada uno de nosotros afronta o debería afrontar en sus experiencias, en la búsqueda de nuestras grandezas y limitaciones. El trayecto que representa ese viaje, se confirma a través de las páginas de este libro múltiple en el que tienen cabida personas de tan diverso origen, formación e intereses. Viajes del conocimiento, de mayor o menor impacto que se evidencian de manera suprema a través de los caminos emprendidos por tantos héroes y heroínas de la cultura mediterránea cuya grandeza fue, sobre todo, hacernos partícipes de su lado humano.

El *viaje* de Ricardo a través de la filología y la arqueología griegas e ibéricas presenta en su recorrido una línea continua que viene, además, horadada por otros ramales más determinados y breves en el tiempo pero no por ello menos importantes como la historiografía, la novela arqueológica u otros aspectos que han devenido imprescindibles en sus estudios.

Mi gran descubrimiento de todo ese *mundo* viene vinculado a Ricardo y a mi llegada a Madrid procedente de un orgulloso mundo obrero, en el que nuestro homenajeado me hizo partícipe de ese contexto: Francia, Suiza, Italia... y, sobre todo, de sus amigos, aquellos que como él deseaban, añoraban y buscaban el conocimiento, el estudio y la amistad. Así compartimos algunas experiencias que hoy pueden resultar banales pero que entonces significaban la apertura primigenia en escenarios europeos de un ámbito ibérico (por ejemplo, la pequeña exposición de ámbito ibérico inaugurada en el Museo Romano de Lausanne-Vidy), extraño en esos itinerarios recorridos por imágenes de otras culturas clásicas. Sí, porque entre aquellos escenarios e imágenes, se colaba la iconografía ibérica!!!! Recuerdo nuestra llegada a esos foros en los que su intrusión causaba dudas... ¿cómo era posible hablar de una iconografía/de propuestas de lectura en relación a un código iconográfico sobre el que no teníamos referencias textuales? Se trataba

1 M. Bettini, L. Spina 2007: *Il mito delle Sirene. Immagini e racconti dalla Grecia a oggi*. Giulio Einaudi editore, Torino.

de unas culturas protohistóricas que apenas se habían asomado fuera de nuestras fronteras y que emergían, casi como epifanías y con discreción entre las imágenes griegas y los objetos romanos... Recuerdo todavía cuando en esa 'puesta de largo' para el mundo ibérico que representó el Congreso Internacional de 1998 (*Los Iberos. Príncipes de Occidente*, Barcelona), los códigos iconográficos se adentraban como temática individualizada y, por fin, entraban como parte esencial del conocimiento histórico ibérico.

Me enseñó que palabras mediterráneas como la epifanía o la metamorfosis pululaban en los códigos iconográficos ibéricos. Y disfrutamos con la Dama de Elche, las cerámicas figuradas, la escultura, la historiografía, el Mediterráneo... Nuestra relación comenzó con una exposición de mundo ibérico (*La sociedad ibérica a través de la imagen*, Madrid-Barcelona, 1992) inaugurada, en el Museo de Albacete con nuestra buena amiga Rubí Sanz y que nos llevó a un largo y, por supuesto, debatido trabajo a lo largo del año 1991. Porque debatíamos y mucho; tozudos los dos en nuestros planteamientos acabábamos al final por llegar a ese punto medio de complementariedad que nos hacía crecer a ambos, sobre todo a mí, obviamente. Y ésta representa una de sus grandezas mirar y escuchar a la gente por lo que descubre en ellas, sin falsas hipocresías y con un extremado respeto.

Entrañables recuerdos me llegan cuando pienso en aquel mítico Centro de Estudios Históricos de Medinaceli –CSIC–, el *gineceo* –éramos chicas en aplastante mayoría–, establecido en una pequeña sala donde nos reuníamos para debatir aspectos de los ámbitos ibérico, griego... durante algún que otro año y cuyo fruto, entre otros, fue un curso de doctorado ofrecido en el Museo Arqueológico Nacional y una publicación; comenzaba así las andanzas de nuestra deseada *Colección Lynx* 1. La palabra y el debate tomaban su puesto y nos confirmaban que la ciencia sólo avanza en este intercambio y diálogo de ideas. Mujeres; profesionales de universidad, del CSIC o de museo compartimos en torno a él que coordinaba estos seminarios, auténticos momentos de satisfacción científica.

Más tarde llegó su propuesta del *Léxico de iconografía ibérico* y, desde el Instituto de Arqueología en Mérida, lo llevamos a la práctica en un primer intento que poco tiempo después, la *benedetta* Escuela Española de Historia y Arqueología (EEHAR) se encargó de arrinconar por otras prioridades, ya que en los cuatro años que ambos trabajamos intensamente en colaboración en ese *proyecto de centro* que fue común.

Vivimos la institución y entre tantas experiencias elocuentes, quiero destacar una que para nosotros (R. Olmos, T. Tortosa, J.P. Bellón) resultó impactante, quizás por la extrañeza para nosotros del uso de un instrumento tanpreciado como es el de la memoria oral; memoria que recogimos en las entrevistas recopiladas a antiguos profesores y becarios principalmente que vivieron la Escuela del *pasado*; fue una tarea emocionante y enriquecedora, estimulante. Entendimos el testimonio oral como una fuente fundamental y necesaria de la memoria²; ya que como historiadores de la antigüedad no tenemos la posibilidad de escuchar las vivencias de personajes y de narraciones ya desaparecidas...: “El diálogo abrió entonces caminos insospechados, perspectivas nuevas. El tesoro de la memoria oral ha supuesto para los editores un disfrute intelectual y humano muy especial. Hemos gozado del privilegio de asistir y ser testigos de experiencias todas ellas vitales, por lo general optimistas y alegres, algunas inevitablemente nostálgicas, otras, las menos, no exentas acaso de amarguras y tristezas. Se evocan en ellas circunstancias y tiempos muy diversos y no pocas veces difíciles de cincuenta años de una historia de España ubicada en ese pequeño rincón de Roma en el que se debate la Escuela. Para quienes hoy escribimos estas páginas este recorrido en el tiempo ha merecido la pena” (*Repensar la Escuela del CSIC en Roma. Cien años de memoria*, 2010: 867).

2 *Repensar la Escuela del CSIC en Roma. Cien años de memoria*. CSIC, Madrid, 2010.

También desde allí insistimos, junto a C. Jular, en la transmisión del conocimiento, con la viabilidad a través de los distintos medios, con aquella dinámica y atractiva página web que transmitía la dinámica actividad que intentamos desarrollar desde su sede. Si lo conseguimos o no será el futuro y la historia quienes darán su testimonio.

En ese camino que anduvimos por ese mediterráneo italiano, muchos fueron los temas que compartimos con los errores asumidos pero con la ilusión y la satisfacción del trabajo realizado. Y esto fue posible por nuestra complicidad científica y porque estructuramos un proyecto de centro de investigación –EEHAR–. Y, aunque hubo momentos complicados, nuestros recuerdos –así lo he comentado con Ricardo en diversas ocasiones– pululan entre *flashes* de seminarios, cursos de especialización, becarios/contratados predoctorales y postdoctorales de prácticamente todas las Universidades españolas que nos visitaron y con quienes *viajamos* en pequeños momentos... Conocimos a tantas personas que nos hablaron de sus proyectos, de sus dudas, de sus contradicciones, de sus sueños... porque Roma se convertía en un lugar alejado de las fronteras rutinarias que representan nuestros pequeños espacios diarios, donde los problemas se disipaban y el conocimiento se encontraba, además, en cada anaquel que sus inmensas bibliotecas proporcionan.

Estábamos en esta experiencia romana, guiados por el espíritu de algunos hombres de principios del siglo xx que impulsaron su fundación –la ausencia de mujeres en este proceso es un hecho abrumador–, bien desde Madrid o de Barcelona; guiados por sus palabras, trabajamos intensamente. De este período me guardo, más que los resultados, el camino de construcción de una estructura estable de investigación y cuyos cimientos se sostenían en la investigación y su difusión; fue éste otro *viaje*.

En este *percorso* conjunto de algo más de veinte años, he podido apreciar su forma de estudio. Es cierto que huye, como buena parte de su generación, de las posiciones radicales que acaban, a veces, olvidando el sentido de los parámetros que proporcionan el ritmo del propio proceso histórico. Fuera de los grandes discursos engalanados, Ricardo en su metodología, se aproxima al objeto de estudio directamente, parte de las pequeñas realidades que capta y analiza y que guía a través de su bagaje, que convergen en puntos esenciales de la argumentación histórica y humanística que tan bien conoce; sin encastillarse en preceptos teóricos de uno u otro signo que le puedan apartar del camino hacia el que le conduce el propio objeto; lo descarna y le proporciona sentido a través de su discurso.

La vida se representa ahora ante él bajo un aura de paz en la que *viaje* significa traslado siempre de ideas, argumentos y propuestas, siguiendo quizás a su admirada estela de algunos personajes del siglo xix; a la manera de algunos escritores que lograban escribir guías de viajes sin moverse de sus cuartos de estudio.

Tu *viaje* actual cambia de escenario, de cuarto y te retiras a un edén florido, entre libros de pintura, música, poemas y tranquilidad... *Buen viaje!*